nos pensado por gente así, como este muchacho, salida de la nada.

D. Santiago estaba acostumbrado á tolerar las confianzas y las impertinencias de Mariana, y se divertia con sus apreciaciones; ya se vé, Mariana era tal vez una de las muy pocas personas que hablaban con D. Santiago, quien como hemos dicho, tenia una manera particular de vivir, y pasaba en el pueblo por un misántropo, de quien circulaban extraños y fantásticos cuentos.

CAPITULO VI.

EL VIENTO DE FEBRERO.

DON Santiago encontró muy de su gusto á Gabriel, y bien pronto tuvo ocasion de conocer que no se habia equivocado en creer que aquel muchacho era susceptible de un perfeccionamiento moral rápido y notable.

En efecto; Gabriel tenia un bello corazon y una organizacion admirable para el estudio; D. Santiago, por su parte, era un hombre ilustrado y progresista, aunque las decepciones de su vida le hubiesen obligado á vivir aisla-

do, huyendo siempre de hacer el papel de leguleyo de pueblo.

No obstante, la mayoría de los vecinos de este le hacian justicia en cuanto á su saber, y le pedian generalmente consejo en todas la situaciones difíciles.

Don Santiago, á pesar de todas las reticencias y vacilaciones de Mariana, se dedicó con una solicitud verdaderamente paternal á la educacion de Gabriel, quien por su parte mostraba las mas felices disposiciones para el estudio, y su inteligencia se desarrollaba diariamente al benéfico y provechoso influjo del sistema empleado por D. Santiago; de manera que en poco tiempo Gabriel poseia ya los rudimentos de la primera educacion, y estaba en aptitud de emprender estudios de mas consideracion.

A este efecto se hacia indispensable que Gabriel continuara su educacion en México, y D. Santiago que en muchos años no se habia movido del pueblo, decidió hacer un viaje á la capital á fin de asegurar el aprovechamiento de su hijo adoptivo.

En esta época ya el cariño de Gabriel formaba en el corazon de D. Santiago uno de sus mas vehementes sentimientos, porque el jóven se habia hecho acreedor, con su conducta, á la estimacion de cuantos le conocian, y al mas acendrado cariño por parte de D. Santiago.

Soplaba á la sazon el viento de Febrero.

Gabriel estaba solo y en el campo.

Despues de la fria calma del invierno, la naturaleza

parecia tomar aliento en la obra perpétua de sus regeneraciones.

Ráfagas violentas semejaban falanges de séres movedizos que se arrastraban por los sembrados y los valles, que lamian las faldas de las montañas, y desasosegados y pertinaces, rizaban unas veces los lagos y otras veces sacudian las empolvadas copas de los árboles escuálidos.

De repente cesaban los turbiones, y en lontananza se destacaban algunos remolinos que levantaban las últimas hojas secas del campo hasta las nubes.

Otras veces, silbador y ronco, caracoleaba el viento entre las malezas ajitando los varejones y desentretejiendo las enredaderas secas, las aristas presas en los breñales, las hojas que pasaron el invierto en peloton informe entre dos recodos sirviendo de casa á los insectos.

Rugia por todas partes doblegando algunas plantas polvosas y macilentas, y en toda la naturaleza se notaba no sabemos qué festinacion precursora de una fiesta.

No eran los anuncios de una ruina próxima, no era el huracan embravecido é implacable; sino un viento precusor de las delicias primaverales que llegaba sacudiéndolo todo y como reprendiendo al invierno por sus despojos y por sus estragos.

Este viento ejecuta millones de actos solemnes y de una importancia incalculable: su soplo, verdaderamente vivificador, arranca de los vértices de las hojas los dañosos amontonamientos de despojos que obstruyen la vegetacion, desenlaza dos plantas que durmieron abrazadas du-

rante el invierno, las despierta y les avisa que estén listas para el trabajo del crecimiento y la reproduccion.

Barre sobre las gramíneas llevándose las hojas y las escorias perniciosas hasta depositarlas en un escondite de piedras, ó las oculta en un barranco ó en un arroyo, ó las desmenuza para que desaparezcan á la vista.

Reprende á los insectos perniciosos que habian plegado las hojas con su baba para fabricarse cuarteles de invierno; desaloja á algunos intrusos aventureros que pretendian perforar las plantas y roerles el corazon; echa á silbidos otros que amenazaban una yema, y hasta pide á las nubes algunos goterones para que le sirvan de proyectiles contra la canalla que usurpa el terreno de las flores que vienen.

Las aves, al sentir ese viento que riza sus plumas, lo resisten volviéndole la cara y adivinan la estacion que se avecina, y en medio de aquel trajin de aseo general, arréglanse con el pico las últimas plumas de la muda, péinanse su pechuga de pluma nueva, y aderezan su interesante vestido con que se presentarán en la primavera, en cuya época es necesario cantar bien y estar aseado.

De vez en cuando dirigen las aves una mirada al cielo que se empaña, para aparecer mas tarde brillante y diáfano.

Verdeguean sobre despojos inertes las ramas que aún subsisten y van á ver brotar las nuevas hojas, y debajo de la tierra se prepara por todas partes el gran trabajo de las sávias, como si la voz de ponerse en accion se hubiese propalado en las inmensas zonas fértiles; y los millones de obreros microscópicos, ese mundo oscuro de chupadores de jugos se ponen en movimiento para dar vida y jugos desde los individuos seculares hasta á los pequeñuelos ejemplares de la vegetacion.

El aviso solemne se propaga en ecos, en murmullos y en silbidos; en los chasquidos de las breñas, en el rodar de las escorias y en la pertinacia de algunos gemidos que se producen en las junturas de una choza abandonada, y tal vez en los mil postreros ayes de angustia, de las hojas secas que van á perderse en el abismo.

Gabriel contemplaba este cuadro de la naturaleza, y sentia cierto placer melancólico al ver rodar las hojas; y es que encontraba una misteriosa analogía entre el estado de su alma y aquellos preparativos que iban á cambiar la faz de la naturaleza.

Gabriel sabia que iba á abandonar aquel pueblo hospitalario y querido, y que un porvenir lleno de flores le esperaba.

Venir á México, era para Gabriel un acontecimiento tan plausible, que lo consideraba como la realizacion de un sueño.

Por fin, llegó el dia fijado para la marcha; D. Santiago se habia provisto de caballos y estaban listos ya dos criados y una mula de carga; se habia cerciorado detenidamente de la buena andadura de su caballo, del buen estado de los arneses, y habia preparado con método y

órden todo cuanto pudiera apetecer en materia de comodidades.

—Lo estoy viendo y no lo puedo creer, decia Mariana; ¡será posible que el señor D. Santiago, que lleva tantos años de no querer moverse de su rincon por nada de esta vida, vaya ahora á emprender un camino tan largo solo por ese muchacho? Ya se ve, no se puede negar que el chico es bueno; pero no al grado de sacar al pacífico de mi amo de sus arregladas costumbres; ¡y todavía sabe Dios los trastornos que se originen, ó si va á sucederle algo por esos caminos, que dicen que están tan malos! Pero qué hemos de hacer! no parece sino que Gabriel no es huérfano, sino hijo legítimo del señor D. Santiago.

Ya hechos todos los preparativos de la marcha, aún probó Mariana de disuadir á su amo de lo que ella llamaba una locura; pero nada pudo conseguir, y llegó por fin el dia de la partida.

Gabriel no habia podido dormir pensando en su dicha, y fué el primero que estuvo listo, esperando solo el momento de marchar.

—¡Ea! dijo D. Santiago saliendo de su habitacion; ya creo que nada falta.

Hizo sus últimos encargos á Mariana y montó á caballo, Gabriel lo imitó, y seguidos por los dos criados y la mula de carga, salieron del pueblo.

Don Santiago tenia que pararse al pasar por cada tienda y por cada esquina para dar razon de su marcha á los vecinos, para quienes aquello era un acontecimiento extraordinario; pero despues de no pocas detenciones, saludos, encargos y despedidas, la pequeña carabana se encontró en despoblado, y el caballito de D. Santiago desplegó todo su sobrepaso.

Gabriel procuraba no alejarse de D. Santiago, á quien hacia preguntas incesantes.

—A mí me agradan los muchachos preguntones, decia D. Santiago; esos son los que aprenden ó los que llegan á saber algo.

De manera que con estos antecedentes Gabriel, bien sea por su deseo de saberlo todo ó por halagar á D. Santiago, no cesaba de hacerle preguntas sobre todo lo que veia, y D. Santiago, por su parte, se encontraba satisfecho, pues tenia ocasion, á cada pregunta de su hijo adoptivo, de darle nociones sobre multitud de conocimientos.

Ningun incidente digno de notarse aconteció á D. Santiago en los primeros dias de camino; pero una tarde uno de los criados se dirigió á su amo para decirle:

—Patron, usted dirá si seguimos.

—¿Por qué? qué hay?

—Dice el de la tienda que ahí abajo de la loma anda *el Pájaro* con otros.

—¿Y quién es el Pájaro?

—Pos es de los compadres.

—¿Pero á nosotros qué nos pueden quitar? Ya saben ustedes bien que no traemos nada de valor.

—Pos cuando menos nos dejan á pié, señor amo; luego el Pájaro anda con diez ó doce.

—¡Tantos así! exclamó D. Santiago espantado.

—Y yo no sé, continuó el criado, cuantos traerá, y ya verá su *mercé* que lo que es por nosotros en cualquier rato nos chispamos y como Dios nos dé á entender destapamos; ¡y cuándo nos cojen! pero su merced no podrá hacer lo mismo. Y luego, que las armas de qué sirven cuando son muchos? Por mí, lo que su mercé disponga; yo cumplo con avisar.

—Me parece, dijo D. Santiago reflexionando, que lo prudente será averiguar si esa noticia es cierta, y luego si se sabe la gente que traen.

Se decidió en consecuencia que uno de los criados, el mas conocedor del terreno, se adelantara á pedir informes, y volviera con ellos, antes de seguir adelante.

Gabriel pretendió acompañar al explorador y estaba deseoso de tener su primer lance de armas, pues que armado iba, y sentia vehementes deseos de que llegara el caso de hacer uso de una mala pistola que le habian proporcionado.

Pero D. Santiago no consintió en la separacion del jóven, quien contrariado pero obediente, se resignó á esperar.

Hubo necesidad de pernoctar en un pequeño rancho, y esperar tranquilamente la vuelta del explorador, quien regresó hasta la mañana siguiente, trayendo la noticia de que efectivamente habian pasado por el camino real el Pájaro, un tal Gomez y dos hombres mas; pero que como habia salido una fuerza rural á perseguirlos por los

crímenes que por allí habian cometido, estaba seguro el camino y se podia transitar sin ningun peligro, de manera que apenas hubo llegado esta noticia, los viajeros se pusieron en marcha.

CAPITULO VII.

DOS COMPADRES CURIOSOS.

MIENTRAS camina D. Santiago, volvamos á seguir los pasos de Gomez, de quien no hemos vuelto á ocuparnos desde la escena del panteon del pueblo.

Gomez, acostumbrado á conseguir todo lo que deseaba, tenia ya ese aire resuelto y esa audacia que caracteriza á los hombres incultos y feroces.

La pasion que concibió por Salomé lo volvió loco, y desde el momento en que la conoció, no pensó en otra co-

sa que en preparar un rapto, para lo cual contó en todo con su amigo el Pájaro.

Este asunto llegó á estar arreglado, especialmente desde el momento en que Salomé sintió que iba á ser madre, y se consideraba sin valor para arrostrar la justa cólera de su marido.

La casa de Salomé no era de las céntricas del pueblo, y formaba la esquina de una pequeña manzana, que en su mayor extension de terreno pertenecia al marido de Salomé.

El costado izquierdo de la casa formaba parte de una calle angosta que conducia al campo, y en esta calle solo habia una puerta y dos ventanas, pertenecientes al departamento de la servidumbre y los macheros.

Con alguna frecuencia aparecian á eso de las once de la noche, especialmente en las mas oscuras, dos ginetes, que conduciendo sus cabalgaduras con extraordinaria precaucion, llegaban sin hacer el menor ruido á cierta distancia de las ventanas; allí quedaba uno de ellos y el segundo avanzaba lentamente hasta colocarse al pié de una de las ventanas.

Todo esto pasaba en medio del mayor silencio y sin ser notados por los vecinos; hasta cierta noche en la cual aquella escena tuvo un testigo presencial.

Don Máximo, el dueño de una tienda situada á corta distancia y en direccion de la calle angosta de que hemos hablado, se retiraba una noche á su casa, preocupado

con el relato de ciertos crímenes que habian formado el tema de la conversacion de su tertulia favorita.

Notó D. Maximo, á pesar de la oscuridad de la noche, que á lo lejos se destacaban dos bultos; paróse á observar y conoció que los bultos avanzaban con precaucion, y entonces pareció conveniente á D. Máximo ocultarse en el hueco de una puerta para observar lo que pasaba.

Don Máximo tenia un compadre, que á la vez era el hombre de todas sus confianzas.

—Compadre, le dijo al dia siguiente, tengo que participar á usted un acontecimiento: anoche á eso de las once y media ví en la direccion de mi casa y como quien sale del pueblo hácia el Oriente.....

—¿Qué vió usted, compadre?

—Dos bultos.

—¿De hombres?

—Probablemente; eran dos ginetes.

—¡Tan tarde y dos ginetes! ¿Serian correos?

—No, compadre, porque iban espacio, y como recatándose: ¿me comprende usted?

—Sí, compadre. ¿Y qué hicieron los bultos?

—Se pararon: despues uno de ellos se separó de su compañero y avanzó hácia la izquierda, y el otro se quedó esperando.

—¡Haya cosa!

—El que avanzó se pegó á la pared, y allí se estuvo como mas de dos horas.

—¿Y usted, compadre?

—Yo me estuve observando. ¿Me comprende usted?

—Sí, compadre. ¿Y luego?

—Luego se juntaron los bultos y se fueron.

El compadre se quedó pensando largo tiempo, y luego preguntó:

—¿Dice usted que á lo largo de la calle?

—Hácia el Oriente.

—¿Mas allá *dencá* D. Antonio?

—Mas.

—¿Pasada la tienda?

—Mas allá.

—¿Entonces en la última calle?

—¡Eso es!

—Pues en la última calle no hay mas que la puerta de los macheros de la casa de Salomé.

—Pues eso es lo que yo digo.

—¿De manera que allí sería donde el ginete se paró?

—Yo creeré que sí.

—Pues vea usted, compadre: como el marido de Salomé tiene sus medios y es tan confiado, no será extraño que lo estén espiando para darle un golpe de mano.

—¿Le parece á usted que seria bueno avisar? preguntó D. Máximo.

—Vea usted, compadre, en todo es bueno ser prudente.

—¡Cómo prudente!

—Quiere decir, que si no es lo que nos figuramos.....

—¿Pues qué otra cosa puede ser?

—Puede ser..... muchas cosas: en primer lugar puede ser cosa de amores.

—En todo mete usted los amores, compadre.

—En todo los hay, compadre; vea usted que tengo mucho mundo.

—Pero si son amores ¿de quién cree usted que se trata?

—Pues nada..... yo diria que de las criadas de doña Salomé.

—¿Sabe usted que tiene razon, compadre?

—¡Ya lo ve usted!

—Y si son amores de las criadas ¿para qué nos metemos?

—Es verdad; ¿pero y si no son?

—Por eso será bueno averiguar el hecho.

—Vamos á averiguarlo.

—Vamos.

—¿Cómo harémos?

—Es muy sencillo: enfrente de la tapia y las ventanas del costado izquierdo de la casa de doña Salomé, está la tapia del corral de D. Pascasio.

—¿Y qué?

—Don Pascasio no está en el pueblo; y en la casa no vive mas que su mayordomo y dos peones.

—Ya comprendo, compadre; nos metemos esta noche con cualquier pretexto.

—No, compadre Máximo, no es tan sencillo eso, porque entonces nosotros serémos los que vamos á inspirar sospechas.

—¿Pues qué cree usted que será lo mas conveniente?

—En primer lugar, debemos cerciorarnos de si lo que usted vió anoche no es una casualidad, sino una cosa constante y positiva.

—¡Tiene usted razon!

—Y una vez averiguado que la escena se repite, entonces verémos como nos introducimos en la casa de D. Pascasio.

—¡Eso es!

—Y entre tanto, no hay que decir nada á nadie de este acontecimiento.

—Por mi parte guardaré secreto, y esta noche observarémos los dos.

—No hay necesidad de que yo me desvele, compadre; usted que se retira tarde de su tertulia, vuelva á poner cuidado, y si esta noche se repite la escena le ofrezco á usted que mañana la veremos de cerca.

—Me parece muy bien.

A la noche siguiente D. Máximo se puso en acecho á eso de las once y media; pero la noche estaba lluviosa y oscura y nada podia distinguir desde donde habia observado la noche anterior; de manera que tuvo necesidad de avanzar en direccion del lugar de la escena.

Daban las doce cuando vió los dos bultos, y favorecido por la oscuridad, avanzó cuanto le fué posible, pero nada sacó en limpio sino que el ginete estaba probablemente hablando con alguien, que se asomaba á una de as ventanas.

Cerca de la una, D. Máximo, entumecido y soñoliento, se retiró á su casa.

Al dia siguiente volvió á entablar la plática con el compadre.

—Compadre, dijo D. Máximo, los ví.

—¿Otra vez?

—Sí.

—¿Como antes de anoche?

—Lo mismo. Se fueron cerca de la una.

—Pues esta noche los verémos cerca.

—Convenido.

—Voy á preparar los cosas.

—Aquí estaré esperando á usted. ¿A qué hora nos veremos?

—Volveré en el dia para que convengamos la hora de la cita.

Los dos compadres tuvieron, desde entonces, el mas formal empeño en conocer el misterio que encerraba la aparicion nocturna de los dos ginetes.

El compadre de D. Máximo era uno de los vecinos mas antiguos del pueblo: conocia á todos y era muy inclinado á interiorizarse en los asuntos de los demas, por poco que los tales asuntos le importaran; pero en un pueblo corto, la curiosidad es un constante motor, y dejar pasar algo desapercibido, es una cosa imperdonable.

Don Antonio, que así se llamaba el compadre de D. Máximo, comprendió la necesidad de no inspirar sospechas al mayordomo de D. Pascasio, á cuya casa iba á pe-

netrar para ver de cerca lo que hacian los ginetes misteriosos.

Pedir permiso para penetrar en la huerta de D. Pascasio á las once de la noche, era desde luego una pretension que debia inspirar sospechas; pero D. Antonio encontró bien pronto un espediente.

—Amigo D. Mateo, le dijo al mayordomo, necesito de sus buenos servicios.

—Estoy para que usted me mande, contestó el mayordomo quitándose el sombrero.

—No es nada, D. Mateo; ha de estar usted que tanto á mi compadre Máximo como á mí nos comprometen en casa del licenciado á jugar todas las noches; y aunque no es mas que de á medio el tanto, el negocio se va volviendo ruinoso, y mi compadre y yo hemos decidido retirarnos del jueguito.

—Me parece muy acertado, señor D. Antonio.

—Pero es el caso que se nos han agotado las escusas, y hemos tenido que recurrir al arbitrio de decir que esta noche estaremos fuera de la poblacion, y para no caer en mentira.....

—Ya entiendo: quiere usted pasar una mala noche.

—Efectivamente.

—Pues si eso es todo, señor D. Antonio, no necesitaba usted ni avisarme: puede usted disponer de toda la casa, que al fin mi patron, el señor D. Pascasio, es buen amigo de su persona de usted.

—Pues estamos convenidos; esta noche, á eso de las diez, estaré aquí con mi compadre.

—A la hora que sus mercedes gusten, que no faltará cena y cama para dos.

—En cuanto á cena no hay necesidad, porque la harémos temprano, pero en cuanto á la cama sí, es preciso aceptarla.

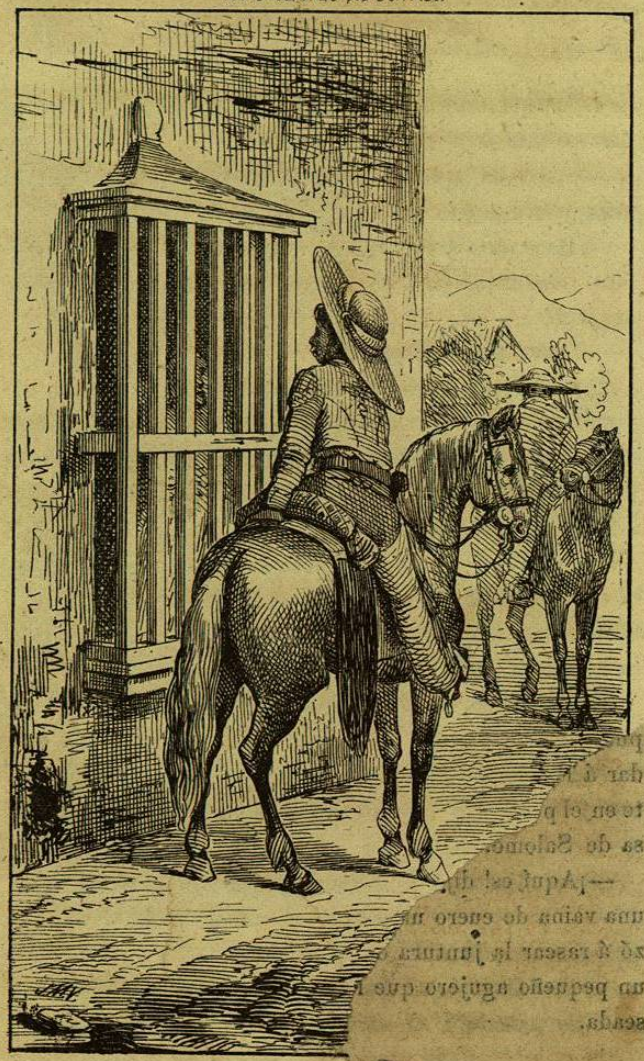
—Todo estará dispuesto.

Don Antonio se retiró satisfecho de su ardid que comunicó en el acto á su compadre, y poco antes de las diez de la noche de ese mismo dia, estaban perfectamente alojados en la casa de D. Pascasio, merced á la buena voluntad del mayordomo.

No bien se hubieron cerciorado los dos compadres de que Mateo se habia encerrado en su habitacion, cuando abriendo con precaucion las puertas, se dirigieron á la huerta.

Don Antonio tenia medidos los pasos, y á partir de un punto dado comenzó á contar los que era necesario andar á lo largo de la tapia para venir á parar precisamente en el punto que quedaba frente á las ventanas de la casa de Salomé.

—¡Aquí es! dijo D. Antonio parándose, y sacando de una vaina de cuero un ancho cuchillo, con el que comenzó á rascar la juntura de dos adobes, hasta lograr hacer un pequeño agujero que le permitiera ver la ventana deseada.



Los ginetes misterio

CAPITULO VIII.

EL RAPTO Y LA CRECIENTE CURIOSIDAD DE LOS COMPADRES.

A ESO de las doce de la noche, llegaron á la calle los dos ginetes misteriosos, y apenas se sintieron los pasos de los caballos, se abrió la ventana y apareció Salomé.

—Esta noche, dijo Gomez acercándose, es la última que espero tu resolucion, y supongo que no la retardarás por mas tiempo.

—¿Pero acaso no nos estamos viendo todas las noches?

—Esto no me basta; yo necesito vivir á tu lado y verte constantemente; necesito verte á la luz del dia y sin